



RESISTENCIA EN SAMUEL BECKETT

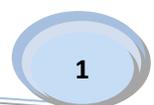
Alejandra Jaramillo Aristizábal¹

Es propicio cierto estado del alma para hacer del encuentro con la obra de Beckett una experiencia creadora y dejarnos conmover por los diferentes matices de significación que evocan sus palabras. Se trata de ese estado psíquico cercano al adormecimiento desde el cual nos salen al paso sus personajes, y al cual tenemos que ingresar nosotros mismos si queremos entrar en diálogo con ellos.

Quizás resultaría más fácil rehuir tal encuentro, con una obra que no puede ser leída con el entendimiento, antes que renunciar a los juicios de la razón, ¡Oh exaltada cualidad humana!, que tanto coaccionan la imaginación limitando el empuje creador del espíritu. ¡Qué difícil nos resulta, humanos, confrontarnos con eso que precisamente somos: ambigüedad, fragmentos, contradicción, palabras, retazos, humo, sombra, luz, oscuridad, vacío!

Un pesimismo que no sólo se relaciona con la desesperanza de la posguerra, impregna la obra de Beckett. El ser humano, puesto en el centro del Universo desde el Renacimiento, y convertido, gracias a la condición superior de la razón, en dueño y señor del mundo, atraviesa desde el siglo XIX un proceso de descentramiento motivado por descubrimientos de diversas disciplinas: Descentramiento Cosmológico, en tanto que la tierra no es más el centro del Universo; Biológico, al no ser ya el hombre el punto culmen de la creación divina

¹ Estudiante de Psicología Universidad de Antioquia 3º semestre. Miembro Semillero de investigación PSYCONEX. Correo electrónico: aleja_aristy@hotmail.com.





sino un producto de la evolución; y Psicológico en tanto que no se domina más a sí mismo mediante su razón, sino que está controlado por fuerzas que vienen desde su inconsciente.

Los poetas, casi siempre más lúcidos que la ciencia, ilustrarán en sus obras tales cambios en la concepción de lo humano, verdades incómodas para nuestras ínfulas de omnipotencia. Es así como Franz Kafka, predecesor de Beckett en la literatura contemporánea, en su novela *La Metamorfosis*, acuesta un día a la humanidad siendo el centro del Universo, para despertarla al siguiente rebajada a la condición de insecto. Beckett por su parte va a plasmar en su obra la ominosa impotencia de la condición humana, provocando una herida narcisista en sujetos que no sólo se creían en dominio de sí mismos, sino, y de manera más ingenua, del mundo en que habitaban.

Samuel Beckett marcará ruptura con una tradición poética y literaria que, como reflejo de un hombre que se afirmaba en su grandeza, su raciocinio y el dominio de su voluntad, iba siempre tras la búsqueda de unidad, de coherencia y de sentido. Son esos antiguos cánones, guiados por una racionalidad lógica matemática los que Beckett va a romper a pedazos abriendo así nuevas posibilidades al lenguaje y creando renovadas modalidades de expresión.

La literatura de Beckett es aquella del hombre que se percata de la índole de lo humano, que se mira al espejo y no ve ya al *in-dividuo*, uno, unitario, coherente y libre, capaz de saberse, comprenderse y dominarse, sino al sujeto *sujetado*, indefenso, múltiple, fragmentario, contradictorio, incierto. Por eso si algo



caracteriza su escritura es la desestructuración misma del lenguaje, la demolición de los ejes gramaticales, el extravío de la cohesión, la coherencia, la sintaxis, la lógica, el sentido.

Cuando ni siquiera la ciencia pareció asumir la perplejidad agobiante de sus descubrimientos, Beckett, en su increíble sensibilidad, asume las limitaciones de nuestra naturaleza humana y nos las comunica no como tragedia aciaga, sino, y de manera irreverente, como una comedia: Su obra es la burla del hombre que se resiste a aceptar el absurdo de su existencia y la indefensión que lo acompaña por esencia.

En la dinámica misma de su teatro, el teatro del absurdo, hay de por sí una mofa al espectador que busca angustiosamente sin lograrlo, articular en una única dirección el sentido de su obra; pero va más allá de eso al hacer de sus personajes una parodia de nuestra ilusión de soberanía. Es así como encontramos en Pozzo, personaje de *Esperando a Godott*, una metáfora del sujeto que además de profesarse amo de sus pensamientos y deseos, ha incorporado al mundo exterior en su voluntad de dominio. Pozzo no sólo cree poder gobernar a Lucky, a quien trata como su animal de carga, sino que además mira constantemente su reloj con la ilusión de poder medir y controlar el tiempo. Pero finalmente, y como ocurre con todos los personajes de Beckett, Pozzo se encuentra con el abandono, el desamparo y la impotencia que nos hacen humanos y se da cuenta de cuán inerme está no sólo ante el mundo exterior y ese monstruo del tiempo que marcha inexorable acercándonos a la muerte, sino también frente a sí mismo, pues ha olvidado su



pasado, no tiene identidad, y debe enfrentarse, como todos, a la imposibilidad de encontrar respuesta a las preguntas ¿Quién soy? ¿Qué debo hacer? ¿Para qué vivo?

También en sus novelas asoma un sentimiento de impotencia que las reviste de un aire lúgubre y desesperanzador, despertando en el lector el apremio de desestime y desmentida que le permita reafirmarse soberano, poseedor del saber y la verdad. En ellas se advierten ahora las limitaciones del lenguaje, que son también las nuestras en cuanto éste constituye nuestra única herramienta para experimentar e interpretar la realidad.

En *El Innombrable*, Beckett nos confronta al hecho inevitable de tener que hablar con la palabra del Otro: “Parece que hablo, y no soy yo, que hablo de mí, y no es de mí. Estas pocas generalizaciones para empezar”² El narrador de la obra se ve constreñido a escribir desde el ámbito de la impotencia en cuanto que su palabra le viene del Otro, y ese lenguaje desde el cual se expresa, y que lo constituye pero a la vez lo aliena, le es impuesto desde afuera y trae ya en su ser una matriz de significación de la que no puede desprenderse.

Resulta pues que, contrario a nuestro creer, no nos nombramos sino que somos hablados por un Otro, y debemos resignarnos, como el narrador de *El Innombrable* a la inexistencia de un lenguaje propio para decir nuestro ser:

Los hombres, también, lo que pudieron sermonearme sobre los hombres antes incluso de querer asimilarme a ellos. Todo eso de que hablo, con lo que hablo, lo sé por ellos. A mí no me importa pero de nada sirve, eso no se

² BECKETT, Samuel. *El innombrable*. Madrid: Alianza, 1981 p.37



acaba. Ahora debo hablar de mí, aunque sea con su lenguaje, será un comienzo, un paso hacia el silencio, hacia el final de la locura, la de tener que hablar y no poder salvo de cosas que no me conciernen, que no cuentan, en las que no creo, de las que ellos me atiborraron para impedirme decir quién soy, dónde estoy, para impedirme hacer lo que tengo que hacer del único modo en que pueda ponerle fin, de hacer lo que tengo que hacer³.

La otra gran barrera del lenguaje que Beckett hace ostensible en su obra es su imposibilidad para nombrar el mundo, para aprehender la realidad. Siempre hay algo que escapa, inevitable, a las palabras, como el humo entre los dedos. El agua que nombro no me sacia la sed, y el sol que digo no me tuesta la piel.

La palabra se presenta como representante, como sustituto de algo ausente, de un real que al no estar atravesado por el lenguaje, nuestro medio único de acercamiento a la realidad, se nos hace inasible, imposible. Y es por ese real inaprehensible que en lo dicho con palabras habita siempre un silencio, un silencio que la palabra logra enmascarar, pero que hace que cualquier discurso sea siempre discurso del semblante.

Y ese silencio aterrador e insondable que hay detrás de toda palabra, nos lo presentifica Beckett en la vacuidad de sus escritos, en el desplazamiento metonímico del significado, en la repetición interminable de lo mismo, en el equívoco, en el incierto. Samuel Beckett es un autor que se interna en las matrices más profundas de nuestra naturaleza para descubrir las limitaciones propias de lo humano y su ser de lenguaje. Se percata del irremediable desamparo y la

³ *Ibíd.* p. 77



estremecedora soledad que nos oprime y es en su obra donde estampa, indeleble, todo el sinsentido de nuestra existencia.

Pero también a él lo abruma la fragilidad de nuestra condición y acaso sea por eso que derrama sobre su obra ese dejo de *nada*, esa amenaza de silencio, de cese a la existencia, de muerte. Es en tal dirección que afirma Sanchis que “Toda la obra de Beckett gira en torno al silencio, de modo similar a como los restos de un naufragio giran y giran en torno a un torbellino, irresistiblemente atraídos hacia su centro, pero sin ser nunca devorados por él”⁴ Pues lo que encontramos finalmente en Beckett no es el silencio sino la resistencia, la resistencia a callar pese a todo. Beckett opta más bien por el camino de una aceptación que aún siendo turbadora, logra reconocer como esencia de lo humano el límite de la comprensión, del entendimiento, del decir, del saber, del vivir.

Beckett, renuncia a creer en la existencia de una realidad absoluta en la cual situar los valores objetivos del bien y la verdad; abdica asimismo a la fe en una misión Universal o un deber trascendente que justifique y guie nuestra vida. Y sin embargo, no por ello se desploma abrumado frente al sinsentido y el vacío. Lo que encontramos en su literatura es un derrotismo constructivo, un fracaso triunfal, pues en el monologar de sus personajes es capaz de afirmar la vida en su complejidad, su contradicción y combatividad. Se trata de la resistencia del poeta, de aquel que tiene que decirse para existir, que tiene que seguir hablando aunque todo esté dicho, aunque nada esté dicho, aunque no haya nada que decir; aquel

⁴ SANCHIS SINISTERRA, José. El silencio en la Obra de Beckett. En: Artes; La revista (Medellín). Vol. 02, No. 04, Jul. – Dic. 2002 p. 50-56.



para quien ese gran silencio que mora en lo más profundo de nuestro ser y que brota del interior mismo del lenguaje, no es razón suficiente para callar, pues como dice *El innombrable* en su interminable monólogo “Son palabras, es lo único que tengo”.

En la obra de Beckett es el lenguaje el que se afirma por sí mismo en su prolijidad, en su cadencia, en su musicalidad, su color, su aroma; En su capacidad de crear nuevas significaciones que den apertura a opciones infinitas no determinadas. El lenguaje aparece como un mundo inagotable, como calambur, como juegos de palabra y pasatiempos mientras esperamos a que llegue Godot.



BIBLIOGRAFÍA

BECKETT, Samuel. *El innombrable*. Madrid: Alianza, 1981

SANCHIS SINISTERRA, José. *El silencio en la obra de Beckett*. En *Artes: La revista* (Medellín) Vol. 02, No. 04 Jul.-Dic. 2002 p. 50-56